

Cromacio de Aquileya

TRATADOS

TRATADO 51

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

1. *Entonces, dice, despedida la muchedumbre, se retiró el Señor Jesús a casa, y se le acercaron los discípulos diciendo: «Explicanos la parábola del trigo y la cizaña del campo». Y Jesús les dijo: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; y el campo es este mundo; la buena semilla son los hijos del reino»*¹, y lo restante. Por tanto el Señor muestra claramente que Él es el sembrador de la buena semilla, que no deja de sembrar en este mundo, como en un campo, la palabra de Dios, como semilla buena en los corazones de los hombres; para que cada uno de nosotros dé frutos espirituales y celestes según la semilla plantada en él por Dios. Pero muestra también que el enemigo, el diablo, por el contrario, siembra encima la cizaña de su malicia e iniquidad para sofocar en nosotros la semilla de Dios. Así dice en efecto: *Pero cuando dormían los hombres vino el enemigo para sembrar encima la cizaña en medio del trigo y se marchó*². El Señor manifiesta que el diablo sembró la cizaña sobre los hombres que dormían, es decir los que se duermen para los preceptos divinos, sumergidos por negligencia en su infidelidad como en un

sueño perezoso³. De éstos dice el Apóstol: *Pues los que duermen, duermen durante la noche, y los que están ebrios, están ebrios durante la noche. Pero nosotros no durmamos como los demás, sino vigilemos y estemos sobrios*⁴.

Sin duda que con este sueño perezoso de la infidelidad estaban cargadas aquellas vírgenes insensatas de quienes leemos en el Evangelio que no pudieron salir al encuentro del esposo por no haber tomado aceite en las alcuzas⁵. Por eso el máximo empeño de este enemigo del género humano, el diablo, es siempre sembrar la cizaña en el trigo. Pero quien, tras poner en fuga el sueño de la infidelidad arrojándolo de sí, vele siempre para el Señor con espíritu fiel, no podrá ser incordiado por semejante sembrador nocturno.

2. *Cuando había crecido, dice, la planta y había dado fruto, entonces apareció la cizaña. Y acudieron los siervos del padre de familia y le dijeron: «¿Acaso no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde pues que tenga cizaña?». Y les dijo: «El enemigo hizo esto». Le dicen los siervos: «¿Quieres que vayamos y la recojamos?». «No, dice, no sea que, arrancando la cizaña, desarraiguéis a la vez el trigo. Dejad mejor que crezcan ambos hasta que llegue el tiempo, y en el tiempo de la mies diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y haced gavillas con ella para quemarla; y el trigo por su parte reunidlo en mi granero»*⁶. Por tanto el mismo Señor explicó que la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña los hijos malvados. Pero cuando los siervos del padre de familia, que representan a los apóstoles, dijeron al Señor que iban a separar la cizaña del trigo, Él permitió crecer y existir a ambos hasta que llegara el momento, es decir hasta la consumación del siglo. Y muestra claramente que llegado

ese momento va a enviar a los segadores, es decir a los ángeles, para que, tras separar el trigo de la cizaña, es decir, tras elegir a los santos de entre los inicuos, guarden a los justos en los reinos celestes, como el trigo en los graneros; y a todos los inicuos y pecadores los quemén en el castigo de la *gehenna* como cizaña en el fuego, donde el Señor manifiesta que se dará el llanto perpetuo de los ojos y el rechinar de los dientes, diciendo: *Allí será el llanto y el rechinar de dientes*⁷. Y cuando declara el Señor que allí hay llanto y rechinar de dientes, muestra sin lugar a dudas la futura resurrección no sólo del alma –como pretenden algunos herejes– sino también del cuerpo. Pues que lloren los ojos y rechinen los dientes es en sentido propio un castigo del cuerpo. Por eso a partir de este mismo dicho del Señor se puede reconocer en qué gran error se encuentran atrapados semejantes herejes, que no creen en la resurrección futura.

3. Y añadió: *Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino del Padre*⁸, es decir en el reino celeste, cuando, según el Apóstol, transfigurados en gloria, hayan sido conformados al cuerpo resplandeciente del Señor⁹; y cuando, según el mismo Apóstol, salgan al encuentro del Señor arrebatados a las nubes por los ángeles¹⁰. También David muestra que van a separarse los justos y los injustos en la consumación del tiempo, cuando dice: *Nuestro Dios vendrá manifiestamente; nuestro Dios, y no guardará silencio. El fuego arderá en su presencia, y a su alrededor una fuerte tempestad, (y lo restante hasta) [los que regulan su alianza en lo que se refiere a] los sacrificios*¹¹. *Convocará al cielo en lo alto* para que el pueblo de Dios sea cribado, sin duda cuando los hombres celestes y espirituales sean separados de la tierra, es decir, de

los terrenos y pecadores. Entonces también serán congregados por los ángeles los hijos de Dios, *los que regulan su alianza en lo que se refiere a los sacrificios*, es decir los mártires, que acordándose de la alianza divina se ofrecen a Dios en sacrificio, entregando sus cuerpos por el nombre de Cristo.

4. Por tanto, como sabemos qué esperanza y gloria está dispuesta para los santos de Dios, y qué castigo preparado para los impíos y pecadores, debemos velar siempre según los preceptos del Señor, no sea que nos sorprenda aquel sembrador nocturno. Temamos el castigo de la *gehenna*, donde declaró el Señor que se da el llanto y el rechinar de dientes, donde muestra el profeta que todos los pecadores serán quemados a la vez con ardores perpetuos cuando dice: *He aquí que vendrá el día del Señor, como un horno ardiente, y los inflamará, y serán todos los extranjeros y todos los que obran la iniquidad como rastrojo, y como un sarmiento los incendiará, cuando llegue el día aquel, dice el Señor*¹². El Señor declaró, primero por medio del profeta y luego en el Evangelio, que en aquel castigo hay un fuego inextinguible y un gusano inmortal, diciendo: *Donde su gusano no morirá, y el fuego no se extinguirá*¹³. Y bien dice el Señor al final de la lectura: *El que tenga oídos para oír, que oiga*¹⁴. Es decir que, abiertos los oídos del corazón, oigamos cuál es el castigo del fuego eterno, en el que todos los inicuos, como la cizaña, serán entregados al fuego para arder, y cuál es la gloria de los justos, en la que resplandecerán como el sol en el reino del Padre¹⁵; para que teniendo esto siempre ante los ojos, meditándolo día y noche, podamos escapar a la pena de aquel fuego inextinguible y merecer de nuestro Señor Jesucristo la gloria prometida del reino celeste.